

Archivo del general Porfirio Díaz Memorias y documentos. Tomo III

Alberto María Carreño (prólogo y notas)

México

Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Historia/Elede

1947

366 p.

Ilustraciones

Elede (Colección de Obras Históricas Mexicanas, 2)

Instituto de Historia (Serie Documental, 2)

[Sin ISBN]

Formato: PDF

Publicado en línea: 4 de noviembre de 2016

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/archivo/diaz03.html>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2016, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

CAPÍTULO LXXXV

SAN DIEGO NOTARIO

6 de abril de 1867

Después de los sucesos que he narrado en los dos capítulos precedentes y concluido ya mi trabajo de reorganización y revista hice salir en la misma tarde del día 5 de abril de 1867, a toda la caballería disponible, con dirección a Tlaxcala, y a poco la seguí y alcancé antes de llegar a esa ciudad, sin detenerme en ella, y nos dirigimos a Apizaco, en donde sabía yo que estaba Márquez y a donde llegamos en la madrugada del día 6. Al salir de Puebla dejé orden para que al día siguiente nos siguiera la infantería y todo el tren de artillería que había organizado en dos días, con los cañones que tenía de antemano y los que había quitado al enemigo. El enemigo había salido en la noche del día 5 de abril de Apizaco para Huamantla. El 6 salió mi infantería de Puebla, pasó por Apetatitlán y en la noche llegó al molino de San Diego, en donde había yo establecido mi cuartel general, en acecho de Márquez.

Luego que amaneció el día 6, seguí el camino para Huamantla, y en la hacienda de San Diego Notario alcancé a Márquez que había pernoctado allí; y aunque no marchaba, tal vez porque sintió mi movimiento, mandé orden a la infantería, que venía con el general Alatorre, que ya no siguiera por el camino que yo había llevado, sino que de Tlaxcala tomara el camino de San Diego Notario. El enemigo destacó a mi encuentro su caballería, compuesta en su mayor parte de húngaros y polacos.

Atacada por la mía vigorosamente, huyó hasta ocultarse entre la línea de batalla que Márquez me había establecido y la casa de la hacienda de San Diego Notario. Entonces hice un movimiento lateral

para ocupar unas colinas, poniéndome fuera de los dos fuegos de cañón del enemigo, mientras llegaba mi infantería.

El combate entre ambas caballerías había sido muy costoso para el enemigo, lo mismo que para las fuerzas del gobierno, y tal vez más para nosotros por el perjuicio que nos causaba la artillería enemiga, arma que por nuestra parte no entraba todavía en combate.

Nuestra pérdida total de ese día fue de 48 hombres muertos y muchos heridos, que hicimos conducir inmediatamente a Tlaxcala, lo mismo que los enemigos que quedaron en poder de nosotros y muchos caballos muertos y heridos. Entre los muertos hubo varios oficiales, siendo uno de ellos el teniente coronel Ignacio Sánchez Gamboa, que mandaba un cuerpo.

Permanecimos así hasta muy entrada la noche, hora en que apareció la cabeza de nuestra columna, y como su jefe no conocía el terreno, fui personalmente a establecerlo sobre el camino que conduce de Tlaxcala a San Diego Notario, y la coloqué en un collado que tiene una pequeña finca que se llama Molino de San Diego, e inmediatamente en una ligera revista que pasé a la primera infantería que llegó a establecerse en su puesto, supe que no tenía cápsulas. Averigüé con los otros jefes si sus fuerzas estaban provistas de cápsulas, y encontré que todas estaban en igual condición, porque al municionarlos en Puebla nuestro guarda almacén que repartía las municiones acabadas de recoger al enemigo, supuso que cada parada llevaba su dotación de cápsulas en sí misma. En el acto dispuse que dos ayudantes míos con sus respectivos asistentes corrieran para Puebla montando los caballos que fuera necesario, para llegar y volver antes que amaneciera el día siguiente, con la cantidad de cápsulas que pudieran conducir en sus mismos caballos. Así lo hicieron y a las cuatro de la mañana del día 7 estaba ya provista de cápsulas toda nuestra infantería y en marcha un carro con capsulería que debía alcanzarnos poco después.